



Al cabo en las últimas elecciones de diputados provinciales no hubo aquí, en Salamanca, la diversión que muchos aficionados esperaban. El que reartía los duros se retiró y las elecciones fueron tan vulgares como suelen serlo. La única novedad consistió en el triunfo en la capital del candidato liberal republicano, que de los cinco que se presentaban obtuvo aquí, en la capital, el primer puesto; triunfo debido en parte a las óptimas condiciones personales del candidato mismo y a la predominancia aquí, por culpa de los sedicentes liberales monárquicos, de los liberales republicanos; pero debióse también a que era el único a quien presentaba su partido, y no se presentaba él a sí mismo, como es incivil y hasta inmoral uso de politiquería electoralera.

En el resto de España las elecciones parecen que han sido tan vergonzosamente ramplones e inciviles como aquí, con excepción de Cataluña y Vasconia. En estas dos, las más civiles, más concientes y más vivas regiones de la patria española, han triunfado los nacionalistas. Y parece que empieza a haber corrientes de inteligencia entre el nacionalismo catalán y el vasco. ¡Buena falta le hace a este último que le den algún contenido conceptual político! Porque hoy todavía el nacionalismo vasco, hijo del biceitarrismo, sigue siendo un movimiento sentimental y litúrgico, cuando no una tapadera para mezquinos y aun bastardos intereses, sin solución alguna clara y definida para los principales problemas políticos y administrativos de los pueblos. Que no son soluciones, festividades de liturgia aldeana, no lo es la restauración de una lengua que se muere sin remedio y es impropio para la cultura moderna, y no lo es tampoco el colocar a los amigos. En el fondo el nacionalismo vasco es algo puramente negativo. Aunque es muy fácil que las consecuencias de la guerra y la situación internacional que le creen a España acabe por convertirlo en movimiento positivo y por darle algún contenido político preciso. Lo que es difícil, difícilísimo, es que vascos y catalanes lleguen a entenderse de veras. La vasca y la catalana son, acaso, las dos mentalidades más divergentes entre sí que hay en España. Aun cuando por eso mismo debían tender a completarse mutuamente.

Fuera, pues, de Cataluña y Vasconia, las elecciones últimas no han llegado ni a farsa. Porque la farsa es algo. Cabe decir que no han existido con existencia histórica. Han sido un suceso más, no histórico, anhistórico, y hasta incivil, lo mismo que lo son las corridas de toros, o los carnavales, o

las procesiones. En nada influyen en el proceso histórico, espiritual, en el desarrollo del espíritu humano. No pertenecen a la historia que brota del corazón y del seso, sino a la naturaleza que radica en el estómago. Son como las heladas de invierno, las inundaciones de primavera y las sequías del estío, casi un meteoro.

A nosotros nos han servido para enriquecer nuestras notas sobre nuestras hediondas costumbres electorales y sobre la incivil inconciencia e inconciente incivilidad de lo más de nuestro pueblo, sobre todo del rural.

Dícese que a diputados provinciales aspiran, sobre todo, los jóvenes aborradados que quieren hacerse un bufete. No lo sabemos. Pero sí sabemos que un diputado provincial, como tal, no sirve para maldita de Dios la cosa.

Ha habido ¡claro está! los casos de los «sacrificados», que buscan luego «compensación» a su sacrificio. Y esto de los sacrificios y de sus compensaciones es de las cosas más características de la hediondez de nuestra electorería.

En una provincia vecina a ésta en que vivo ocurrió en las últimas elecciones a diputados provinciales que un candidato de los sedicentes liberales no logró obtener el acta, y ¡es claro! había que compensarle. Como era y es catedrático del Instituto de la capital de la provincia la cosa estaba bien clara; se le echaba de la dirección con cualquier pretexto—por fútil y ridículo que fuera—o sin él, al director que lo era—y que además no se había portado sumisamente como director-electoral en otras elecciones—y se le ponía en la dirección al «sacrificado» candidato. Dicho y hecho, ¡y viva la libertad de la arbitrariedad incivil e iliberal!

No sé la explicación que de ello darían, si alguien se la pidiese, los au-





tores del desagnisado. Lo probable es que dijese que no tienen que dar explicación alguna o algo más enérgico y más castizo todavía. Pero en casos análogos hemos oído a profesionales de la arbitrariedad, que dominan la innoble jerga de la canalla electorera de todos grados y rangos, decir con una frialdad entre impudente y compungida: «¡Tenía que haber una víctima...!»

«¡Tiene que haber una víctima!» Hay que parar las mientes, conteniendo antes el respiro, en esta frase bellaca que denuncia toda la podredumbre de nuestra politiquería y todo el desconocimiento que de la dignidad humana implica.

Y luego, sin rencor alguno, sin mala voluntad siquiera, con una frialdad técnica de hombres hábiles, hacen lo que llaman la víctima. Y se sorprenden si al tropezar con un hombre que lo sea, éste no se resigna a tan viles costumbres. «¡Pero eso le extraña a usted—le dicen—, si eso es lo corriente!» O bien: «Es usted un apasionado.» Y un apasionado es lo que hay que ser, y solamente la pasión puede salvar a nuestra política y con ella a la patria, gravemente enferma de impasibilidad, de desapasionamiento.

Ser víctima de las pasiones, políticas o de otra laya, ennoblece; serlo de la fría técnica profesional, envenena el alma. Es grande y grato morir de un tiro en apasionada revolución política o en guerra civil; es deprimente y triste ser atropellado por la técnica pelitquera de profesionales de corazón y seso helados y faltos del sentimiento de la dignidad. Si un bandolero, armado de trabuco, nos da el alto en medio del campo gritándonos: «¡La bolsa o la vida!», nos defendemos de él, si nos es posible, o le entregamos cuanto riqueza llevamos a cuestas, pero sentimos hacia él no sólo respeto mezclado al temor, sino la consideración que se debe a algo serio y franco y trágico. El bandolero aquel se juega la vida para ganarse el pan y no miente ni engaña. Pero si el calavera que nos describió Larra nos atraviesa la nariz o nos salta el ojo de un perdigonazo para ejercitar su destreza en el manejo de la cerbatana, sin animadversión alguna contra nosotros, y acaso sin conocernos, no se lo perdonamos jamás. Y el que este comentario traza, por lo menos, antes le daría la mano al bandolero del trabuco que no al calavera de la cerbatana. Hay atropellos perdonables cuando provienen de apasionamiento o de necesidad; no lo son nunca cuando proviene de tecnicismo profesional, sea político, sea

militar. Verdad es que ahora han dado en llamar «necesidad»—Noetigung—a la técnica de la arbitrariedad y del predominio.

Hay otra cosa tan bellaca como eso de las víctimas, lo de los sacrificios y lo de las compensaciones, y es lo de las explicaciones convencionales. Pero coyuntura se nos presentará de comentarlas.

En mi último artículo semanal; el del martes próximo pasado, «Para alusiones», llamé «El Gráfico» al semanario «Mundo Gráfico». ¡Está visto que soy incorregible! Además me pusieron «kentige» donde yo escribí «heutige». Así, entre mis equivocaciones y tropiezos, que por la precipitación con que suelo escribir no son pocos, y las erratas, me sacrifican los escritos. Gracias que ello tiene su compensación. Lo de escribir como quien habla, improvisando la expresión, que no se cae en academismo que es feísima técnica literaria. Y en cuanto a las erratas, cuento entre ellas grafías que yo jamás empleo, como son escribir: «obscuro, septiembre, coger, consciente, ligero, transmitir», etc., etc., en vez de: «oscuro, setiembre, cojer, conciente, lijero, trasmítir», etc., etc., que es como escribo y como creo que debe escribirse. Y si se me preguntara por qué, me parece que sabría justificarlo y razonarlo mucho mejor que la Real Academia lo que ordena. Y en todo caso podré decir lo que le dije a uno que me preguntaba por qué no le ponía la h a armonía, como introdujo la moda el P. Miguel Mir, ex-S. J., y es que le dije: «Porque sabiendo que soy desde hace años catedrático oficial de lengua griega entenderán que sé por qué le ponen la hache a armonía los que se la ponen, sin saber por qué y mal puesta.»

Miguel de Unamuno.

